

El señor de aquella provincia é pueblo dió á Cortés hasta quarenta esclavas, é tres mill pessos de oro, é dos dias que allí se detuvo, fué el exército bien proveído de todo lo nescessario. Otro dia, yendo con Cortés aquellos principales que de parte de Montecuma dixeron que le esperaban allí, se partió é fué á dormir quatro leguas de allí á un pueblo pequeño, que está junto á una grand laguna, é quassi la mitad dél sobre el agua della, é por la parte de la tierra una sierra muy áspera de piedras é peñas, é allí fueron muy bien aposentados, é aunque tambien quisieran allí probar sus fuerças los indios con los españoles, mas quisieran haçerlo á su salvo é de noche, é tomarlos descuydados. Mas cómo yban sobre aviso, y el general era tan aperçebido que siempre se hallaba adelante de sus pensamientos, tuvo tal guarda, que las espías que venian por el agua é canoas, é tambien otras que baxaban por la sierra á ver si avia aparejo para executar su voluntad, amanescieron atadas quassi veynte, que las espías de Cortés avian tomado é muerto, de forma que pocas volvieron á dar respuesta del aviso que venian á tomar. É con hallar siempre á los españoles tan aperçebidos, acordaron de mudar propóssito é llevarlos por bien.

Otro dia siguiente, al tiempo quel general é su exército querian partirse de aquel pueblo, llegaron hasta diez ó doce señores muy principales, y entrellos otro mayor señor, mançebo de hasta veynte y cinco años, al qual todos los otros mostraban tener mucho acatamiento, é cómo baxó de unas andas en que venia, todos los otros le venian limpiando é quitando las piedras é pajas del suelo delante dél. É llegado ante el general, le dixeron que venian de parte de Montecuma, su señor, é que los enviaba para que fuessen con él, é que le rogaba que le perdonasse, porque no salia su persona á le ver é res-

çebir por estar mal dispuesto; pero que ya su cibdad estaba çerca, é pues que todavía determinaba de yr á ella, que allí se verian é conosçeria la buena voluntad que tenía al servicio del grand Rey de Castilla. Mas que todavía le rogaba que allá no fuesse, si era possible, porque padesceria mucho trabaxo é nescessidad; é qué tenía mucha vergüença, porque allá no le podria proveer tan cumplidamente, como él desseaba. É en esto ahincaron é porfiaron mucho aquellos señores, tanto que no les quedaba por decir sino que defenderian el camino, si todavía porfiassen los españoles en yr adelante. El general los satisfiço é aplacó con las mejores palabras qué supo decirles, dándoles á entender que de su yda no podia seguirse daño, sino mucho provecho á Montecuma é á sus indios. É assi los despidió é les dió algunas cosas de las de Castilla, y encontinentemente se partió trás ellos muy acompañado de muchas personas, que paresçian de mucha auctoridad, como despues paresció serlo. É todavía seguia el camino por la costa de aquella grand laguna; é á una legua adelante de donde partió el general vieron dentro en ella, quassi dos tiros de ballesta, una cibdad pequeña, en que podria aver hasta dos mill veçinos, toda ella armada é fundada en el agua, sin aver para ella entrada alguna, é muy torreada, é de lindo paresçer: é otra legua adelante entraron por una calçada tan ancha como es una lança gineta complida, ó de veynte y cinco palmos, por la laguna adentro bien dos tiros de ballesta, é fueron por ella á dar á una cibdad, aunque pequeña, la mas hermosa que hasta estonçes los españoles allá avian visto, assi de muy bien labradas las casas é torres della, como de la buena orden é traça é novedad del asiento en el agua. É seria de hasta dos mill veçinos: de los quales nuestros españoles é su general fueron muy bien resçebidos é

servidos, é les dieron bien de comer, é rogaron al general el señor de la cibdad é los mas principales que se quedasse allí á dormir, é aquellas personas principales que yban allí de Montecuma le dixeron que no parasse allí, sino que fuesse á otra cibdad que está tres leguas de allí, que se dice Iztapalapa, que era de un hermano de Montecuma, é assi lo hiço.

La salida de aquella cibdad, donde comieron, fué por otra calçada, que tuera una legua grande hasta salir á la tierra firme. Llegados á Iztapalapa, salieron á resçebir al general é su gente el señor della é otro de otra grand cibdad, que está tres leguas de allí, é se llama Calnaalcan, é otros muchos señores que allí lo estaban esperando; é le presentaron hasta tres ó quatro mill pessos de oro, é algunas esclavas, é ropa de la que allá usan, ques muy buena é sotilmente labrada, de algodón é de diversas colores, é le hicieron muy buen acogimiento. Podrá ser la población de Iztapalapa de doce ó quinze mill veçinos, la qual está en la costa de una laguna salada é grande, é la mitad dentro del agua, é la otra mitad assentada en tierra firme.

Las casas del señor de la cibdad eran nuevas é no acabadas, é segund Cortés escribió á Çésar, eran tan buenas como las mejores de España de grandes é bien labradas de cantería é carpintería, é suelos, é cumplimientos para todo género de servicio de casa, exçepo maçonerías é otras cosas ricas que en España usan en las casas de los señores, que aquesto tal no se usa ni lo hay en estas Indias. Mas avia muchos quartos altos é baxos, é jardines muy frescos é con muchos árboles é flores olorosas, é albercas de agua dulce muy bien labradas, con sus gradas hasta lo hondo é suelo de tales albercas. Hay otra muy grande huerta junta á la casa, é sobre ella un mirador de muy hermosos corredores é salas, é dentro de la huerta

un muy grande estanque ó alberca quadrado de agua dulce, é las paredes desta alberca de gentil cantería, é al rededor della un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que quatro personas pueden juntos passearse, é de esquina á esquina tiene quatroçientos passos, que son de çircunferencia mill é seysçientos. De la otra parte del andén hácia la pared de la huerta estaba todo labrado de cañas con unas verjas, é detrás dellas todo de arboledas puestas en mucha orden é de muchas hierbas é flores olorosas. Dentro de la alberca avia mucho pescado é muchas aves, assi como lavancos, çerçetas é otros géneros de aves de agua, é tantas que muchas veçes quassi cubrian el agua. En fin, es tal la alberca, que en Europa no se sabe, ó á lo menos no se tiene noticia, de otra que se le iguale en lo ques dicho.

Otro dia despues que á aquella cibdad llegó Cortés, se partió de allí, é media legua adelante se metió por una calçada que vá por medio de la laguna ques dicho dos leguas, hasta llegar á la grand cibdad de Temistitan, que está fundada en la mitad de aquella grand laguna. Esta calçada es tan ancha como son luengas dos lanças ginetas, ó çinquenta palmos, é muy bien obrada, é pueden yr á la par por ella ocho de á caballo. En estas dos leguas, de la una parte é de la otra de la calçada, están tres cibdades: la una se dice Mesicalçingo, que está fundada la mayor parte della dentro de la mesma laguna; la otra cibdad se llama Niçiacá, é la otra Huchilohuchico, que está en la costa de la laguna, é muchas casas de la una é de la otra cibdad están dentro en el agua. Mesicalçingo terná tres mill veçinos, Niçiacá mas de seys mill, é Huchilohuchico quatro ó cinco mil veçinos; y en todas muy buenos edefiçios de casas é torres, en espeçial las casas de los señores é personas principales, é las de sus templos é

oratorios, donde aquella gente tiene sus ydolos. En estas cibdades hay mucho tracto de sal, que hacen del agua de la mesma laguna é de la superficie que está en la tierra que baña la laguna en su costa, la qual cuecen en cierta manera, é hacen panes de aquella sal, que venden entre los naturales, é tambien para llevar fuera de la comarca.

Assi que, Hernando Cortés é su exército siguieron la dicha calçada, é á media legua antes de llegar al cuerpo de la cibdad de Temistitan, á la entrada de otra calçada que viene á dar de la tierra firme á esta otra, está un muy fuerte baluarte con dos torres, cercado de muro de dos estados, con su pretil de almenas por toda cerca, que topa con ambas calçadas, é no tiene más de dos puertas; una por do entran é otra por do salen. Allí salieron á ver é hablar al general más de mill hombres, principales cibdadanos de la dicha Temistitan, todos vestidos de una manera é hábito, é segund su costumbre bien rico: é llegaron uno á uno hasta el capitan general, é assi cómo llegaban, hacían una çerimonia que entrellos se usa mucho (y es manera de salutación), é ponía cada qual la mano en tierra é la besaba; é assi estuvo Cortés esperando quassi una hora hasta que cada uno hizo lo que dicho.

Junto á la cibdad estaba una puente de madera de diez passos de anchura, é por allí está abierta la calçada porque tenga lugar el agua de entrar é salir, porque cresce é mengua, como lo suele hacer la mar en sus costas, é tambien por fortaleza de la cibdad, porque quitan é ponen unas vigas muy luengas é anchas, de que la dicha puente es fecha, todas las veçes que quieren; é destas puentes hay muchas por toda la cibdad. Passada esta primera puente que dicho, salió aquel grand príncipe Montecuma á rescibir á Hernando Cortés, acompañado de dos-

cientos señores, sus vassallos, é todos descalços é vestidos de otra librea ó manera de ropa rica á uso suyo, más que la de los otros primeros; é venian en dos alas en proçession quassi arrimados á las paredes de la calle, que muy ancha, muy hermosa é derecha, que desde el un cabo della se parece el otro fin della, aunque tiene dos tercios de legua de longitud, é de la una parte é de la otra muy buenas é grandes casas, assi de aposentamientos como de templos ó mezquitas. Montecuma venia por medio de aquellas dos alas é proçession y de la calle con dos señores, el uno á la mano derecha suya y el otro á la siniestra. Destos era uno aquel grand señor mançebo, que se dixo que avia salido primero á hablar á Cortés en las andas, y el otro era hermano de Montecuma, señor de Iztapalapa, que aquella cibdad que se dixo de susso; é todos tres vestidos de una manera, excepto quel Montecuma yba calçado é los otros descalços. É cada uno llevaba al señor assido de su braço; é cómo se juntaron, apeóse Hernando Cortés é fué solo á abrazar á Montecuma, é aquellos dos señores que con él yban, lo detuvieron con las manos para que no le tocasse, y ellos y él hicieron la çerimonia ya dicha de bessar la tierra; y hecho aquesto, mandó Montecuma á aquel su hermano que se pusiese al lado de Cortés é lo llevase por el braço, y él con el otro yban delante de Cortés poco trecho. É despues que Montecuma en pocas palabras ovo saludado al general, é dichole que fuesse en buen hora su venida, llegaron á le hablar todos los otros señores de las dos proçessiones en orden, uno en pos de otro. Fecha su salutación ya dicha, se tornaban con la mesma orden á su proçession.

Al tiempo quel general llegó á hablar á Montecuma, quitóse un collar que llevaba de margaritas é diamantes de vidrio y echóselo al cuello á Montecuma. É

despues de aver andado la calle adelante, llegó un servidor é criado de Montecuma con dos corales de camarones, envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que los indios tienen en mucho, é de cada collar colgaban ocho camarones de oro de mucha perfeçion, tan largos quassi como un xeme; é cómo se los truxeron, se volvió Montecuma á Cortés é se los echó al cuello, é tornó á seguir por la calle adelante en la forma ya dicha, é llegaron á una muy grande y hermosa casa que Montecuma tenia bien aderesçada para aposentar á Cortés. É allí lo tomó por la mano é lo llevó á una grand sala que estaba frontera de un patio por donde entraron, é allí lo hizo assentar en un estrado muy rico, é le dixo que lo esperasse allí, é se fué: é desde á poco espacio de tiempo, ya que toda la compañía de Cortés estaba aposentada, volvió con muchas é diversas joyas de oro é de plata, é plumages, é con hasta çinco ó seys mill pieças de ropa de algodón muy ricas é de diversas maneras texidas é labradas, é híçole presente de todo ello.

É despues de se lo aver dado, assentóse en otro estrado, que luego le hicieron allí junto con el otro en, que Cortés estaba assentado, é con mucho silencio estando todos, començó Montecuma á hablar, é dixo á Hernando Cortés lo que se sigue: «Muchos días ha que por nuestras escrituras ó memorias tenemos aprendido de nuestros passados, é verdadera notiçia que yo é los que esta tierra habitamos, no somos naturales della, sino extrangeros, é venidos á ella de partes muy extrañas: É tenemos assimesmo que á estas partes truxo nuestra generación un señor, cuyos vassallos todos eran, el qual se volvió á su naturaleza é despues tornó á venir desde á mucho tiempo, é tanto que ya estában casados los que avian quedado con las mugeres naturales

de la tierra, é tenían mucha generación y hechos pueblos, donde vivian; é queriéndolos llevar consigo, no quisieron yr, ni menos rescibirle por señor, é assi se volvió. É siempre avemós tenido que los que dél desçendiessen avian de venir á subjugar esta tierra é á nosotros, como á sus vassallos; é segund de la parte que vosotros deçís que venís, que hácia donde sale el sol, é las cosas que deçís de esse grand señor ó Rey que acá os envió, creemos é tenemos por çierto ser él nuestro señor natural, en espeçial que nos deçís quel ha muchos días que tenia notiçia de nosotros. É por tanto vos sed çierto que os obedesçeremos, é ternemós por señor, en lugar de esse grand señor que deçís, é que en ello no avrá falta ni engaño alguno; é bien podeys en toda la tierra, que yo en mi señorío posseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedesçido é fecho; é todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos quisiéredes disponer dello. É pues estays en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad é descansad del camino é guerras que aveys tenido: que muy bien sé todo lo que se os ha ofresçido desde Puntunchan acá, é bien sé que los de Çempual é los de Tascalteca os han dicho muchos males de mí. No creays más de lo que por vuestros ojos viéredes, en espeçial de aquellos que son mis enemigos, é algunos dellos eran mis vassallos é se me han rebelado con vuestra venida, é por se favoreçer é congraçiar con vos, lo diçen: los quales sé que tambien os han dicho que yo tenia las casas con las paredes de oro, é que las esteras de mis estrados é otras cosas de mi serviçio son assimesmo de oro, é que yo que era é me hacía dios, é otras muchas cosas. Las casas ya las veys que son de piedra é cal é tierra.» Dicho esto alçó las vestiduras, é mostrando las carnes, dixo: «Á mí veysme aqui que soy de carne é huesos, como vos, é co-

mo cada uno, é soy hombre mortal é palpable (é asiase él con sus manos de los braços é del cuerpo): ved como os han mentido. Verdad es que yo tengo algunas cosas de oro, que me han quedado de mis abuelos. Todo lo que yo toviere, teneys cada vez que vos lo quisiéredes. Yo me voy á otras casas donde vivo, é aqui sereys proveydo de todas las cosas necessarias para vos é vuestra gente, é no rescibays pena alguna, pues estays en vuestra casa y en vuestra naturaleza.»

El capitán Hernando Cortés, assi como acabó de hablar Montecuma, le respondió, satisfaciendo á lo que dicho, aquello que le paresció que convenia, en espeçial en le dar á entender quel Rey de Castilla era á quien Montecuma é los indios esperaban. É con esto se despidió Montecuma é se fué á la otra casa que dixo, y Hernando Cortés é su gente fueron muy bien proveydos de muchas gallinas é pan é frutas é otras cosas necessarias; é desta manera estuvo seys dias muy proveydo é visitado de muchos de aquellos señores é principales.

Al principio se dixo que al tiempo que Cortés se partió de la villa de la Veracruz, para yr á ver á Montecuma, dexó en aquella villa çiento é çinquenta hombres para haçer la fortaleça que quedó comenzada, é tambien se dixo cómo avia dexado otras villas é fortaleças, de las comarcas á aquella villa, de paz é por vassallos de la Corona real de Castilla. Es de saber, que estando Cortés en la cibdad de Churultecal, rescibió letras del teniente que dexó en la dicha villa, por las quales le hiço saber cómo Qualpopoca, señor de aquella cibdad que se diçe Nantecal, é por otro nombre Almeria, le avia enviado á decir por sus mensageros quél desseaba ser vassallo del Rey de Castilla; é que si hasta estonçes no avia venido ni venia á dar la obediencia que era obligado, é á se ofresçer por tal vassallo con

todas sus tierras é gente, era la causa que avia de passar por tierra de sus enemigos, é que temiendo ser dellos ofendido, lo dexaba; pero que le enviase quatro españoles que viniessen con él, porque aquellos, por cuya tierra avia de passar, sabiendo á lo que venia, no le enojarian, é quél vernia luego. Y el dicho capitán ó teniente, creyendo ser çierto lo que Qualpopoca le envió á decir, é que assi lo avian hecho otros muchos, envióle los quatro españoles; é despues que los tuvo en su casa, los mandó matar, de manera que paresçiesse quél no lo haçia. É al tiempo que se ovo de executar su malicia, muertos los dos chripstianos, los otros dos escaparon heridos, é por los arcabucos é boscages se volvieron á la villa; é fecha relacion al teniente della, salió con su gente é fué sobre la cibdad de Almeria con çinquenta españoles á pié é dos de á caballo, é con dos tiros de pólvora é con ocho ó diez mill indios de los confederados é amigos de los españoles. É pelearon con los naturales de la cibdad, é la tomaron por fuerça de armas con muerte de muchos de los naturales della, é á los demás echaron fuera, é la quemaron é destruyeron, porque los indios que fueron en compañía de los españoles pusieron en ello mucha diligencia; é fueron muertos en este trance ó batalla ó combate seys ó siete españoles. Qualpopoca, señor de aquella cibdad, con otros señores sus aliados, que allí avian ydo en su favor, se escaparon huyendo, é de algunos prisioneros que se tomaron, se ovo notiçia é informaçion de cuyos eran los que estaban en defensa de aquella cibdad, é por qué causa avian muerto á los dos españoles sobre seguro, é matáran á los otros dos, si no hubieran. É dixeron que Montecuma avia mandado á Qualpopoca é á los otros que allí avian ydo, como á sus vassallos que eran, que salido Cortés de aquella villa de la Veracruz, fuessen sobre aquellos

que se le avian alçado é ofresçidose á la amistad de los chripstianos, é que por todas las vias que pudiessen matassen los españoles, que en aquella villa quedassen, porque Cortés no los pudiesse ayudar ni

favoresçer. É á esta causa confessaron algunos prissioneros que se avia hecho lo que está dicho, por complir el mandamiento de su señor Montecuma.

## CAPITULO VI.

En el qual se tracta cómo el capitán Hernando Cortés prendió al grand príncipe Montecuma cautelosamente; é cómo fué hecha justiçia de Qualpopoca, señor de Nantecal, é otros señores principales, que con él fueron quemados, porque mataron sobre seguro çiertos chripstianos.

Desde á seys dias que Hernando Cortés estaba en la cibdad de Temistitan, alias México, é aviendo visto algunas cosas della, aunque pocas, segund las que avia que ver é notar, por aquellas é por lo que avia visto de la tierra, le paresció que convenia al serviçio del Emperador, que aquel grand rey Montecuma estoviesse en su poder, y no en toda su libertad, porque no mudasse el propósito é voluntad que avia mostrado en la amistad contrayda é ofresçida al serviçio de Su Magestad é á la paz con los chripstianos. É porque importunándose dellos, les pudiera haçer tanto daño que no oviera memoria de aquellos, segund su grand poder, é tambien porque teniéndole consigo, todas las otras tierras que le eran sujetas vernian más ayna al serviçio del Rey, como en efetto despues subçedió, determinó de lo prehenner é poner en el aposento donde el mesmo Cortés estaba, que era bien fuerte. É porque en su prission no oviesse algun escándalo ni alboroto, pensando todas las maneras é formas que para lo haçer se debian tener, acordóse de lo que el teniente de la Veracruz le avia escripto cerca de lo acaesçido en la cibdad de Nantecal, ó Almeria, como mas largamente se dixo en el capítulo preçedente, é cómo se avia sabido que aquello se avia hecho por mandado de Montecuma.

É assi, dexando buen recabdo en las enruçijadas de las calles, se fué Cortés,

con los que le paresció que debia llevar, á las casas del dicho Montecuma, como otras vezes avia ydo á lo ver. É despues que le ovo hablado en burlas é cosas de plaçer, Montecuma le dió algunas joyas de oro, é una hija suya, é otras hijas de señores á algunos españoles; é muy conformes y en amistad departiendo, le dixo Cortés que ya sabia lo que en la cibdad de Nantecal avia acaesçido, é los españoles que allí le avian muerto, é que Qualpopoca daba por desculpa que todo lo quél avia hecho, avia seydo por su mandado, é como su vassallo, no avia podido haçer otra cosa; é que Cortés creia que no era assi, como Qualpopoca decía, é que antes era por se excusar de culpa: que le paresçia quel Montecuma debia enviar por él é por los otros principales que en la muerte de aquellos españoles se avian hallado, porque la verdad se supiesse é aquellos fuessen castigados, y el Emperador, nuestro señor, supiesse la buena voluntad que Montecuma tenia á su real serviçio claramente, y en lugar de las merçedes que Su Magestad le avia de mandar haçer, los hechos ni dichos de aquellos delinquentes malos no provocassen al Rey, nuestro señor, á yr contra él, por donde le mandasse haçer daño, pues la verdad era al contrario de lo que aquellos decían, é que Cortés estaba muy satisfecho de Montecuma en este caso.

Luego á la hora mandó llamar çiertas